

Arancha González Laya

Cinco lecciones estratégicas de la guerra en Irán

El País, 15 de marzo de 2026.

Los países del Golfo han comprobado que su margen de maniobra es mínimo cuando la región se incendia y EE UU decide actuar según sus propios intereses. Lo mismo le pasa a la UE.

La nueva guerra en torno a Irán no solo está reconfigurando el equilibrio de fuerzas en Oriente Próximo. También ha dejado al descubierto verdades incómodas que, durante años, muchos gobiernos preferían no mirar de frente. Lo que está en juego no es únicamente la estabilidad regional: es [la arquitectura de la seguridad global](#) y la manera en que los Estados —ricos o pobres, grandes o pequeños— entienden su propia vulnerabilidad en un mundo donde las alianzas son menos fiables y la geografía sigue siendo destino.

La primera lección es especialmente dolorosa para las monarquías del Golfo. Durante décadas, su modelo de seguridad se basó en una ecuación simple: abundancia de recursos, compras masivas de armamento y un incremento constante del peaje político pagado a Estados Unidos, [en particular a la familia del presidente de Estados Unidos](#), a cambio de protección. El resultado parecía sólido: Estados ricos, militarmente equipados y diplomáticamente respaldados. [La guerra ha demostrado lo contrario.](#)

Ni el dinero ni las alianzas garantizan autonomía si la estructura estratégica depende enteramente de un actor externo. Pese a su riqueza, los países del Golfo han comprobado que su margen de maniobra es mínimo cuando la región se incendia, y Washington decide actuar según sus propios intereses, no los ajenos. [Un espejo incómodo para Europa](#), que sufre la misma paradoja: economías avanzadas, pero una capacidad limitada para defender sus intereses sin la tutela estadounidense. El mensaje es inequívoco: la seguridad delegada deja de ser seguridad cuando la crisis es real. [Los países del Golfo también necesitan definir su autonomía estratégica.](#)

La segunda lección no procede de un arsenal sofisticado, sino de un accidente geográfico. El estrecho de Ormuz vuelve a demostrar que su poder de disuasión supera al de muchas armas estratégicas. Ningún misil provoca un efecto inmediato tan contundente en la economía global como la amenaza —aunque sea parcial— de [interrumpir el flujo energético](#) que atraviesa esta franja de agua.

Ormuz no destruye ciudades; compromete mercados. No cambia fronteras; [altera los precios de la energía](#), la logística global, los cálculos diplomáticos. En un mundo interdependiente, eso basta para condicionar decisiones que antes solo temblaban ante la sombra nuclear. La lección es clara: el siglo XXI no ha sustituido la disuasión nuclear, pero la ha complementado con una forma de presión más pragmática, más rápida y, en muchos casos, más efectiva. Se necesitará [un nuevo acuerdo nuclear con](#)

[Irán](#), pero también habrá que tratar las vulnerabilidades derivadas de la geoeconomía.

La tercera lección es la más profunda: el conflicto está acelerando realineamientos que estaban latentes, pero no plenamente visibles. Las alianzas tradicionales ya no explican el comportamiento de los actores regionales. Lo que emerge es un mapa fluido, reconfigurado por intereses pragmáticos más que por bloques ideológicos.

Arabia Saudí reviste nuevo protagonismo en su histórica relación con Pakistán y su paraguas nuclear. Hace unos días, el Acuerdo Estratégico de Defensa Mutua firmado el año pasado fue activado por primera vez para coordinar la respuesta al ataque iraní sobre Arabia Saudí, que, a su vez, también estrecha relaciones con China en una estrategia de *hedging* [una combinación de competición y cooperación]. Emiratos Árabes Unidos [profundiza su sintonía estratégica con Israel](#), un vínculo que hace apenas unos años habría sido impensable, y con la India. A su vez, [la India mira hacia el Oeste](#) con una ambición creciente, distanciándose de Teherán y priorizando rutas que no dependan de un Irán impredecible o sancionado. Mientras Afganistán —pese a su fragilidad interna y a los talibanes— vuelve a ocupar un lugar clave de bisagra geopolítica entre Asia Central y el océano Índico. Y [Turquía se reconfigura como potencia pivote](#), no alineada con ningún bloque, capaz de influir en todos y de maniobrar entre ellos para maximizar su autonomía estratégica.

No se trata de movimientos aislados, sino de una tendencia estructural: el sistema internacional está dejando atrás la rigidez de los viejos órdenes y entrando en [una fase de alianzas flexibles](#), pragmáticas y a menudo contradictorias. El conflicto en Irán no es la causa, sino el catalizador que revela esta transformación.

Finalmente, [Irán nos deja también](#) una lección importante para el futuro de la guerra: incluso [la inteligencia artificial militar](#) más avanzada no elimina ni compensa los errores humanos estratégicos y tácticos. La tecnología ha acelerado la capacidad de atacar, pero también [ha amplificado fallos de juicio](#), coordinación y supervisión humana que, a la postre, pueden resultar fatales para EE UU e Israel.

Quien quiera comprender el futuro de la región —y del sistema internacional— debería empezar por estas lecciones. No porque expliquen toda la guerra, sino porque anticipan el mundo que está emergiendo de ella: un mundo más incierto, menos previsible y donde la geopolítica vuelve a ser, con toda su crudeza, la fuerza que moldea la historia.

Arancha Gonzalez Laya es decana de Sciences Po (París) y exministra de Asuntos Exteriores.